



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2010
David Vargas Castro
EL SUICIDIO, SUS ESTATUTOS Y ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS
Revista Affectio Societatis, Vol. 7, N° 12, junio de 2010
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

EL SUICIDIO, SUS ESTATUTOS Y ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS

David Vargas Castro*

Resumen

En el presente texto se abordan las perspectivas de Freud y de Lacan en torno al suicidio, destacando las formulaciones teóricas y estatutos otorgados a este a lo largo de la obra de cada uno de los autores mencionados. A su vez, se resaltan e interrogan las perspectivas éticas que subyacen a dichas formulaciones, de tal forma que puedan rastrearse en la ética del psicoanálisis que cada uno de estos autores propuso.

Palabras clave: Suicidio, ética, acto, pasaje al acto, *acting-out*

SUICIDE, ITS STATUTES AND THE ETHICS OF PSYCHOANALYSIS

Abstract

This paper examines Freud's and Lacan's perspectives about suicide, emphasizing on the theoretical formulations and statutes given to it in the works of each of the authors mentioned. At the same time, the text brings up and analyses the ethical perspectives underlying such formulations, so they can be

traced in the ethics of psychoanalysis proposed by each of these authors.

Key words: suicide, ethics, act, *passage a l'acte*, *acting-out*.

LE SUICIDE, SES STATUS ET ÉTIQUE DU PSYCHANALYSE

Résumé

Dans ce texte-ci les perspectives de Freud et de Lacan autour du suicide sont abordées en mettant en relief les formulations théoriques et les statuts conférés à celui-ci tout au long de l'œuvre de chaque auteur mentionné auparavant. Aussi, l'on remarque et interroge les perspectives éthiques sous-jacentes à ces formulations, de façon à pouvoir suivre leur trace dans l'éthique de la psychanalyse proposée par chacun de ces auteurs.

Mots-clés : Suicide, étique, acte, passage à l'acte, *acting-out*.

Recibido: 05/10/09 Evaluado: 03/06/10

Aprobado: 06/06/10

* Psicólogo. Cursante de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad de Buenos Aires. Cursante del posgrado "Formación clínica en psicoanálisis", ofrecido por el Colegio Clínico del Río de la Plata y la Tercera. Minor en psicología clínica.

¿Por qué vosotros, hombres, cuando habláis de algo, en seguida decís: esto es bueno, esto es malo? Con eso, ¿habéis explorado las conexiones íntimas de la acción? ¿Sabéis con seguridad exponer las causas de por qué sucedió, de por qué tuvo que suceder? Si supierais esto, no emitiríais vuestro juicio con tanta ligereza.

Goethe.

Tanto en el transcurso de un análisis, como por fuera del espacio analítico, el suicidio es motivo de interrogación, en especial, por sus causas. Las respuestas no se hacen esperar, en especial, por las personas próximas al sujeto. El analista, por su parte, ha de ser menos ingenuo frente a los motivos que dieron lugar al suicidio, además de cauteloso a la hora de darle algún estatuto, sea *acting out*, pasaje al acto o acto.

En Freud y en Lacan es posible encontrar diversas consideraciones sobre el suicidio, siendo en especial la obra de Lacan la que le otorgará al suicidio sus diferentes estatutos. En esto se perfila una ética del psicoanálisis, que nos denotará, a su vez, la ética de Freud y Lacan frente a la muerte, pasando de un deber de vivir a un deber con el deseo.

En Freud

Desde *Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico* se encuentra en la obra de Freud la referencia al suicidio. En dicho texto, las ideas de suicidio aparecen relacionadas a un estado depresivo en el cual se encontraba el sujeto. “El enfermo fue acusado de hurto por una mujer, le sobrevinieron fuertes palpitaciones, estuvo tan deprimido durante unos catorce días que pensó en suicidarse, y al mismo tiempo le sobrevino un temblor violento en las extremidades del lado izquierdo[...].” (Freud, 2001a, pp. 23-29).

En este texto, se pueden advertir, desde ya, dos cosas: la posición de Freud frente a la comunicación de dichas ideas de suicidio, a saber, no se alarmó; y la relación entre las ideas de suicidio y la acusación que se le hizo al paciente en cuestión. Veremos que esta posición de Freud se mantendrá a lo largo de toda su obra y cómo la relación entre acusación e ideas suicidas sufrirá modificaciones.

En *La etiología de la histeria*, Freud (2001b) considera que el suicidio, junto con otros actos que realizan las histéricas, a pesar de resultar exageradas a los ojos del espectador, responden a un acontecimiento el cual ha cobrado retroactivamente un valor traumático gracias a un suceso actual, en razón de la no tramitación del afecto que dicho recuerdo despertaba al encontrarse inconsciente.

Si algo podemos resaltar de esta obra es que Freud le otorga al suicidio un estatuto psicológico, e donde no se trata para él de un tiempo cronológico en el que un suceso da como consecuencia los actos suicidas, sino que resalta un tiempo lógico, en el que, gracias a un suceso actual, un recuerdo o fantasía cobra valor traumático y da lugar a los actos suicidas.

Será desde *Psicopatología de la vida cotidiana* que Freud (2001c) le otorgará al suicidio un estatuto psicopatológico ya que, a propósito de los yerros que pueden causar graves daños a quien los cometen, dice:

Es sabido que en casos graves de psiconeurosis suele aparecer, como síntomas patológicos, unas lesiones autoinferidas, y nunca se puede excluir que un suicidio sea el desenlace del conflicto psíquico [...] Hay en permanente acecho una tendencia a la autopunición, que de ordinario se exterioriza como autorreproches, o presta su aporte a la formación de síntoma; ella saca hábil partido de una situación externa que por casualidad se le ofrece, o aun ayuda a crearla hasta alcanzar el efecto dañino deseado (Freud, 2001c, pp. 175-176).

Igualmente, señala que,

[...] junto al suicidio deliberado conciente existe también una autoaniquilación semideliberada —con propósito inconciente— que sabe explotar hábilmente un riesgo mortal y enmascararlo como azaroso infortunio [...] En efecto, la tendencia a la autoaniquilación está presente con cierta intensidad en un número de seres humanos mayor que el de aquellos en que se abre paso. Las lesiones infligidas a sí mismo son, por regla general, un compromiso entre esa pulsión y las fuerzas que todavía se le contraponen, y aún en los casos en que realmente se llega el suicidio, la inclinación a ello estuvo presente desde mucho tiempo antes con menor intensidad, o bien como una tendencia inconciente y sofocada (Freud, 2001c, pp. 177-178).

Esto entra en continuidad con lo que luego se encuentra en una larga nota a pie de página, en la que Freud (2001c) señala que en los casos en que se producen daños o muerte por lo que suele parecer un accidente, las personas cercanas al fallecido otorgarán detalles íntimos de este de tal forma que es posible conjeturar que más que un accidente, dicho suceso es en razón de una tendencia inconciente.

En *Fragmento de análisis de un caso de histeria* es una carta de suicidio la que hace que el padre de Dora la lleve a donde Freud. El lugar en donde Dora deja la carta le

da cierto estatuto de llamado, según la conjetura de Freud, ya que esta carta no deja de pedirle al padre de Dora que decida, ya sea por ella o por la Sra. K. Decisión que responde entonces al drama edípico. Al respecto, Freud (2001d, p. 22) señala en una nota a pie de página: “Cuando en el curso de una sesión la conversación recayó sobre esta carta la muchacha preguntó atónita: <<¿Cómo hicieron para encontrarla? Yo la había puesto bajo llave en mi escritorio>>. Pero como ella sabía que los padres habían leído este boceto de carta de despedida, yo inferí que ella misma la había dejado a su alcance”. Este estatuto de llamado de las tentativas de suicidio será lo que, posteriormente, Lacan considerará como una de las características del *acting out*.

En otro de los análisis realizados por Freud, *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, se considera que la génesis de los mandamientos suicidas es un gran monto de ira, que es ajeno a la consciencia, contra una persona que perturba el acceso al objeto amado. En la consciencia del obsesivo, señala Freud (2001e, p. 148) “[...] todo el proceso marcha, bajo el más violento afecto, en secuencia invertida —el mandamiento de castigo adelante, al final la mención de la concupiscencia punible [...]”. Nuevamente se destaca en esta obra la relación entre suicidio y culpa, pero entendidas en tanto que los mandamientos suicidas le retornan al sujeto como efecto de la ira reprimida por un otro que interviene entre el sujeto y un objeto amado.

Podemos decir que será en *Totem y tabú* donde Freud formaliza la tesis anterior, al indicar en una nota al pie que “Los impulsos suicidas de nuestros neuróticos resultan ser, por regla general, unos autocastigos por deseos de muerte dirigidos a otros” (Freud, 2001f, p. 155).

Posteriormente, en *Duelo y melancolía*, Freud (2001g) considerará que la inclinación en la melancolía al suicidio responde a la regresión desde la elección narcisista de objeto hasta el narcisismo, así como a la ambivalencia de amor que existe con el objeto que se ha perdido. El yo es tomado como objeto al cual se vuelcan toda clase de insultos y sufrimientos, obteniendo en este ejercicio una satisfacción sádica al desquitarse por esta vía del odio por el objeto presa del conflicto de ambivalencia.

Igualmente, en este texto se evidencia la presencia de la tesis planteada en las dos obras precedentes, así como la consideración del suicidio como una suerte de asesinato, en donde el yo, vía la identificación con el objeto al cual se le destinan los impulsos hostiles, le da muerte:

Desde hace mucho sabíamos que ningún neurótico registra propósitos de suicidio que no vuelva sobre sí mismo a partir del impulso de matar a otro [...] el yo sólo puede darse muerte si en virtud del retroceso de investidura de objeto puede tratarse a sí mismo como objeto, si le es permitido dirigir contra sí mismo esa hostilidad que recae sobre un objeto y subroga la reacción originaria del yo hacia objetos del mundo exterior. Así, en la regresión desde la elección narcisista de objeto, este último fue por cierto cancelado, pero probó ser más poderoso que el yo mismo (Freud, 2001g, p. 249).

Esta tesis sobre el suicidio en la melancolía será la que se expondrá, igualmente, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

Tres años después, en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, Freud (2001i) señala que el intento de suicidio que la joven en cuestión ejecutó, fue un intento que califica de “serio” y que, aparentemente, la joven lo hizo por la desesperación a causa de la pérdida de la dama con la que estaba caminando al tiempo del encuentro con el padre, quien miró a la joven con furia; y la negativa por parte de la dama de continuar frecuentándose con la joven luego de dicho encuentro con el padre. Sin embargo, Freud advierte que el intento de suicidio también responde a un cumplimiento de castigo (por los deseos de muerte inconscientes contra el padre o la madre) y un cumplimiento de deseo (el deseo edípico de tener un hijo del padre). Es en razón de este deseo edípico que Freud interpreta el acto suicida: ‘caer’ que significa también, en alemán, ‘parir’.

Nuevamente, en esta obra Freud plantea el suicidio en términos de asesinato, al decir que “En efecto, para el enigma del suicidio el análisis nos ha traído este esclarecimiento: no halla quizá la energía psíquica para matarse quien, en primer lugar, no mata a la vez un objeto con el que se ha identificado, ni quien, en segundo lugar, no vuelve hacia sí un deseo de muerte que iba dirigido a otra persona” (Freud, 2001i, p. 155). Sin embargo, es inédito que Freud destaque que el sujeto, simbólicamente, toma el lugar del objeto deseado en el intento suicida del caso en cuestión. Esta identificación al objeto será lo que Lacan resaltaré como propiamente del pasaje al acto.

Como ya lo había hecho en *Duelo y melancolía*, Freud (2001j), en *El yo y el ello* se remite a la clínica de la melancolía. Esta vez lo hace para destacar la relación entre superyó y pulsión de muerte, por la severidad implacable y sádica con la que el superyó arremete contra el yo en esta psicosis. Dicho sadismo “[...] es como un cultivo puro de la pulsión de muerte, que ha menudo logra efectivamente empujar al yo a la muerte, cuando

el yo no consiguió defenderse antes de su tirano mediante el vuelco a la manía” (Freud, 2001i, p. 54).

Llegando a este punto, luego de recorrer las diferentes formulaciones freudianas en torno al suicidio, podemos destacar las siguientes:

1. El suicidio como asesinato: ya que vía la identificación del yo del sujeto con el objeto al cual se le destina el deseo de muerte, el suicida en su acto cumpliría dicho deseo.
2. La relación entre culpa y suicidio: el sujeto al tener deseos de muerte dirigidos a un objeto, los revierte sobre el yo al presentarse en la consciencia como culpa. La melancolía se presenta como paradigma, por la forma voraz con que el superyó injuria al yo.
3. La posición que Freud, en tanto analista, tomó frente a dichos actos: a saber, realizó diferenciaciones éticas de las formas en que el suicidio apareció en su quehacer clínico, ora como “llamado” (caso Dora), ora como un intento “serio” (caso de la joven homosexual).

Sin embargo, a pesar de las diferencias éticas señaladas previamente, Freud, y tal vez desde una posición moral que no responde a Freud en tanto analista sino a la persona de Freud, consideró al suicidio como un acto que iba en contra de un supuesto deber de vivir y por tanto, psicopatológico. Sobre este último punto, considero que dos textos dan viva cuenta de ello.

En *Contribuciones para un debate sobre el suicidio*, Freud (2001f, p. 231) se expresa de la siguiente forma: “Ahora bien, la escuela media tiene que conseguir algo más que empujar a sus alumnos al suicidio; *debe* instilarles el goce de vivir y proporcionarles apoyo, en una edad en que por las condiciones de su desarrollo se ven precisados a aflojar sus lazos con la casa paterna y la familia” [subrayado mío]. Por otra parte, en *De guerra y muerte*, Freud (2001h, pp. 300-301) escribe lo siguiente al final de dicha obra:

Pero la guerra no puede eliminarse; mientras las condiciones de existencia de los pueblos sean tan diversas y tan violentas las malquerencias entre ellos, la guerra será inevitable. Esto plantea la pregunta: ¿No hemos de ser nosotros los que cedamos y nos adecuemos a ella? ¿No debemos admitir que con nuestra actitud cultural hacia la muerte hemos vivido de nuevo en lo psicológico por encima de nuestros recursos? ¿No daremos marcha atrás y reconoceremos la fatal verdad? ¿No sería mejor dejar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que por derecho le corresponde, y sacar a relucir un poco más nuestra

actitud inconciente hacia ella, que hasta el presente hemos sofocado con tanto cuidado? No parece esto una gran conquista; más bien sería un retroceso en muchos aspectos, una regresión, pero tiene la ventaja de dejar más espacio a la veracidad y hacer que de nuevo la vida nos resulte más soportable. *Y soportar la vida sigue siendo el primer deber de todo ser vivo.* La ilusión pierde todo valor cuando nos estorba hacerlo [subrayado mío].

Ahora bien, luego de leer estas dos citas, nos podemos preguntar: ¿Con quién se tiene dicho deber?, o por lo menos preguntarnos: Freud, ¿con quien tenía ese deber? ¿Desde qué lugar enuncia Freud ese deber? Si han de ser importantes estas preguntas es en razón de delimitar la ética del psicoanálisis y la ética de la persona que se hace llamar psicoanalista, persona que ha de desaparecer para funcionar como semblante, como objeto causa en el trabajo analítico.

En Lacan

Inicialmente, podemos decir que para Lacan (1981, p. 356) “[...] un acto es una palabra”, y que “[...] sólo es acto el del hombre” (Lacan, 2001, p. 58), de tal forma que en todo suicidio aparece un significante en acto, aunque siempre se tratará de uno distinto. Ese significante aparecerá al ser leído, no antes. De esta forma, en el suicidio también se tratará de captar lo simbólico, más allá del registro imaginario que suele llenar de sentido ese acto.

A propósito de esto, Lacan manifiesta lo siguiente:

Ni para nosotros ni para nadie es posible definir el acto como algo que ocurre únicamente, por así decir, en el campo de lo real, en el sentido en que lo define la motricidad, la respuesta motriz. Sin duda, siempre puede quedar alguna participación de un efecto motor en este campo de lo real, pero se traduce allí de tal forma que se manifiesta la incidencia de otro campo (Lacan, 2006, p. 342).

A su vez, Lacan considera que el suicidio puede cobrar tres estatutos: *acting out*, pasaje al acto y acto. Pensaremos entonces estos estatutos en relación con los intentos de suicidio y los suicidios logrados.

Las tentativas de suicidio pueden ser entendidas como *acting out*, en tanto que se realiza un llamado al Otro, ya sea en forma de carta, en donde se consignen las razones por las cuales el sujeto ha considerado suicidarse; amenazas verbales, etc.

De esta forma, el sujeto negándose como ser, aparece en tanto sujeto del inconsciente (Lacan, s.f.a), ya que en ese llamado da lugar a otra escena, la escena

fantasmática, en donde el sujeto se sostiene como deseante en relación a un objeto. Esto lo evidencia la planificación con la que se suelen organizar algunos suicidios, dando lugar a múltiples fantasías en el sujeto, ya sean en torno a la reacción que tendrán los otros, quiénes asistirán a su entierro, qué destino se le dará a sus pertenencias, etc.

Igualmente, el sujeto en los diversos llamados que realiza al Otro intenta constantemente justificar las razones por las cuales ha decidido suicidarse, razones que no hacen más que intentar decir aquello que no se logra decir sino en el acto mismo. En este sentido, también se denota por qué los intentos de suicidio cobran un estatuto de *acting out*, ya que advierten que el sujeto más que estar decidido en la consumación de su acto, se preocupa por la presencia del Otro que observe la escena. Las cartas de suicidio, por ejemplo, son formas de hacer existir al Otro aún en la muerte, a quien se le justifica la razón del suicidio casi como para que en el “juicio final” se tengan en cuenta dichas razones.

Por otra parte, podemos pensar el suicidio consumado como pasaje al acto en el que, en oposición al *acting out*, el sujeto anulándose en tanto pensante afirma su ser de objeto (Lacan, s.f.a). El sujeto no presenta la escena fantasmática como en el *acting out*, sino que “[...] desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente mantenerse en su estatuto de sujeto –se precipita y bascula fuera de la escena” (Lacan, 2006, p. 128), haciéndolo sin rodeos, “[...] con el automatismo, el mecanismo, el carácter necesario y profundamente alienado con el que, como ustedes saben, se llevan a cabo los suicidios de melancólicos” (Lacan, 2006, p. 363).

Ningún llamado al Otro se efectúa, ya que el sujeto no espera ser autorizado por este para realizar el suicidio. Su posición de sujeto se eclipsa, se produce una destitución subjetiva salvaje en la que queda reducido a objeto a.

Sin embargo, no es posible considerar todos los intentos de suicidio como *acting out*, y todos los suicidios consumados como pasajes al acto, ya que algunos *acting out* tienen como desenlace la muerte del sujeto, así como pasajes al acto suicidas en que el sujeto no muere, lo cual en algunas ocasiones “[...] puede ser una oportunidad para él de darse aires” (Lacan, 2006, p. 129). Como siempre, será necesaria la diferenciación en el caso por caso. Bien se sabe que así como hay quienes no cesan de intentar suicidarse,

hay otros que en un primer intento frustrado desisten, y quienes con un solo intento lo logran.

Como dato clínico también se hace evidente que la presencia de continuos *acting out* pueden terminar en un pasaje al acto. En los dos casos freudianos, a saber, la joven homosexual y el caso Dora, tal como Lacan (2006) lo advierte, esto se produce. Es posible deducir entonces que algunos intentos de suicidio puedan, en efecto, terminar en un suicidio consumado, siguiendo entonces la imposibilidad anteriormente mencionada de equiparar pasaje al acto a suicidio consumado y *acting out* a intento de suicidio.

Por otra parte, Lacan también considera que el suicidio puede tener un estatuto de acto, en tanto que el sujeto “[...] reencontrará su presencia, en tanto que renovada, más allá del pasaje del acto[...].” (Lacan, s.f.b). Siendo cómicos, no nos queda más que exclamar “¡Cómo no ser la muerte un paradigma de esta condición del acto!”. La muerte sería la forma radical en que el sujeto se transforma. Sin embargo, esto nos plantea ciertas dificultades, ya que el acto responde a la lógica del *après-coup*, por lo que sería necesario que el sujeto retornara de tal forma que este reencuentre su presencia renovada. Una forma de entender esta supuesta contradicción es por medio del valor significativo que Lacan le otorga al suicidio.

Para destacar este valor significativo, tomaremos dos ejemplos en la obra de Lacan: la referencia a Empédocles y al *seppuku*. Con respecto a la primera referencia, Lacan (2005, p. 307) dice lo siguiente:

En efecto, dejando aparte esas mutaciones hipotéticas del *phylum* que debe integrar una subjetividad a la que el hombre no se acerca todavía más que desde afuera, nada, sino las experiencias a las que el hombre los asocia, distingue a una rata de la rata, a un caballo del caballo; nada sino ese paso inconsistente de la vida a la muerte; mientras que Empédocles precipitándose al Etna deja para siempre presente en la memoria de los hombres ese acto simbólico de su ser-para-la-muerte.

Se dice que el filósofo Empédocles se arrojó al volcán Etna. Ese paso nada tuvo de inconsistente. Es precisamente ese paso lo que le permite dar un paso firme allí donde sólo hay paso inconsistente. En ese sentido, Empédocles se inscribe bajo ese significativo (que en este momento es llamado ‘símbolo’), ese paso, que es también el paso que el ser viviente ejecuta para devenir sujeto, pasando por los desfiladeros del significativo. Empédocles deviene entonces un hombre entre los hombres, su particularidad se inscribe en ese acto.

Con respecto al *seppuku*, Lacan, al preguntarse sobre el por qué de este acto, responde: “Porque creen que fastidia a los demás, porque en la estructura, es un acto que se hace en honor de algo [...] un acto verdadero, tiene siempre una parte de estructura, porque concierne a un real que no se da allí por descontado” (Lacan, 2001, p. 58). Considero que Lacan le da estatuto de acto al *seppuku* porque incide en lo real vía lo simbólico. No se trataba sólo de morir, lo cual es un real, sino de hacerlo bajo la concepción de que entregaban su vida al honor de morir gloriosamente.

En la misma dirección de las dos citas anteriores, se encuentra también una referencia en el seminario *Las formaciones del inconsciente* en donde se lee:

Cuanto más se afirma el sujeto con ayuda del significante como queriendo salir de la cadena significante, más se mete en ella y en ella se integra, más se convierte él mismo en un signo de dicha cadena. Si la anula, se hace, él, más signo que nunca. Y esto por una simple razón – precisamente, tan pronto el sujeto está muerto se convierte para los otros en un signo eterno, y los suicidas más que el resto (Lacan, 2007, pp. 253-254).

Lacan habla de “signo eterno” en tanto que es vía lo simbólico que el sujeto se eterniza, ya que aunque su vida termine, su nombre queda insertado en la cadena significante.

¿Por qué los suicidas más que el resto? Porque como se dice en la referencia a Empédocles, “[...] precipitándose al Etna deja para siempre presente en la memoria de los hombres ese acto simbólico de su ser-para-la-muerte” (Lacan, 2005, p. 307), porque allí donde, entre los hombres, no se da el paso hacia la muerte, Empédocles lo da y hace excepción.

Esto pone en evidencia cómo en el suicidio, cumpliendo con lo característico del acto, no hay significante en el Otro que pueda responder, en este caso, por el real de la muerte. De allí que el acto sea en soledad, donde se inscribe el significante del sujeto que lo representa como sujeto dividido, significante que falta en el Otro y que lo denota como castrado.

Gracias a otorgarle el estatuto de acto al suicidio, Lacan no piensa a este último solamente relacionado a las llamadas “psicopatologías del acto”, sino que hace del suicidio un acto muy particular. Tanto es el valor de excepción que Lacan le da al suicidio que en *Psicoanálisis, radiofonía y televisión*, considera que es “[...] el único acto que tiene éxito sin fracaso” (Lacan, 1993, p. 127).

Entender esta afirmación deviene una dificultad si tenemos en cuenta lo que Lacan (2008) menciona en el seminario *De un Otro al otro* cuando se dice que la dimensión propia del acto es el fracaso. ¿No es un contrasentido? ¿Cómo entender el suicidio como un acto entre los actos que no cumple con la condición del acto? Considero que una forma de entender esta afirmación es en cuanto a la relación entre acto y repetición, ya que si se considera que el fracaso es en tanto repetición, y que lo que fracasa es el acto, al ser un intento de decir un real, dicho fracaso relanza ese querer decir. El suicidio, al anular toda posibilidad de intentar decir de nuevo, queda por fuera del fracaso que dicho intento implica.

Luego de realizar este recorrido por la obra de Lacan, podemos decir que el suicidio cobra diferentes estatutos, ora por la aparición de este como *acting out* que en una puesta en escena muy “en el borde de la escena” puede terminar en la muerte; ora como paso de la escena al mundo en una reducción del sujeto al objeto *a*; ora como acto en tanto que se identifique al significante que lo representa, como en el caso de Empédocles.

Sin embargo, en toda su obra, Lacan constantemente relaciona el *acting out* y el pasaje al acto a la función del analista y, en especial, cuando este no se encuentra posicionado acorde con dicha función. Esto nos abre la posibilidad de preguntarnos, así como lo hicimos con Freud, sobre la ética que Lacan propone para el psicoanálisis.

En el seminario *La ética del psicoanálisis* se encuentra una pregunta que, me parece, es una condensación de la ética que Lacan propone: “¿Ha usted actuado en conformidad con el deseo que lo habita? Esta es una pregunta que no es fácil sostener” (Lacan, 1990, p. 373). Si no es fácil de sostener es en tanto que remite a la responsabilidad del analizante como sujeto y al analista en su función. Al analizante debido a que es del deseo que lo habita de lo que debe hacerse responsable, y al analista ya que es llamado en su acto a un lugar más allá del bien, al estar advertido que es por las vías de un supuesto bien que el sujeto, usualmente, ha cedido en su deseo. Si el psicoanalista pretende hacer el bien, no es más que una *Hipocrasía*¹. “No hay más ética que del Bien-decir” (Lacan, 1993, p. 101). No hay que olvidarlo.

¹ Neologismo producido por la condensación de “Hipócrates” con “hipocresía”. La referencia a Hipócrates es por el conocido *Juramento a Hipócrates* donde, entre otras cosas, se dice “Cuando entre en una casa no llevaré otro propósito que hacer el bien y la salud de los enfermos[...]”.

Considero que esta referencia al deseo es lo que le permite a Lacan plantear el suicidio en otros términos que los de Freud, ya que más allá de un deber de vivir y “[...] condenarlo de forma tan terrible” (Lacan, 2007, p. 254), resalta un deber con el deseo. De hecho, que Lacan considere que el suicidio puede tener estatuto de acto, por fuera de lo llamado “patologías del acto” y de todo intento por terminar con el “dolor de ser” (Lacan, 2007, p. 254), da cuenta del alcance instituyente que puede tener.

Igualmente, que Lacan, antes de plantear el suicidio como el único acto sin fracaso, haga la pregunta “¿Por qué no?”, ¿no es precisamente hacer del suicidio una posibilidad? Tal vez sea eso lo que le da al suicidio su estatuto de acto, al hacer de la muerte una posibilidad. Ya lo decía Virginia Woolf: “Es posible morir”.

Referencias bibliográficas.

- Freud, S. (2001a). *Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. I, pp. 23-34). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1886).
- , (2001b). *La etiología de la histeria*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. III, pp. 185-218). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1896).
- , (2001c). *Psicopatología de la vida cotidiana*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. VI, pp. 1-270). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1901).
- , (2001d). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. VII, pp. 1-108). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1905).
- , (2001e). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. X, pp. 119-194). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1909).
- , (2001f). *Contribuciones para un debate sobre el suicidio*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XI, pp. 231-232). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1910).

- , (2001g). *Duelo y melancolía*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XIV, pp. 235-256). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1917).
- , (2001h). *De guerra y muerte*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XIV, pp. 273-304). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915).
- , (2001). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XVI, pp. 375-391). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1917).
- , (2001i). *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XVIII, pp. 137-164). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1920).
- , (2001j). *El yo y el ello*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XIX, pp. 1-66). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1923).
- Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan, libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- , (1990). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- , (1993). *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*. Barcelona, España: Anagrama.
- , (2001). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- , (2005) *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En T. Segovia y A. Suárez (Trads.). *Escritos* (Vol. I, pp. 227-310). Delegación Coyoacán, México: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1953).
- , (2007). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós,
- , (2008). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 16: De un Otro al otro*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- , (s.f.a) *Seminario 14: La lógica del fantasma (1966-1967)*. Trad. Pablo G. Kaina. Escuela freudiana de Buenos Aires.
- , (s.f.b). *Seminario 15: El acto psicoanalítico (1967-1968)*. Trad. Ricardo E. Rodríguez Ponte. Escuela freudiana de Buenos Aires.